

GUERRA DE LAS MALVINAS: 30 AÑOS DESPUÉS*

FALKLANDS WAR: 30 YEARS AFTER
GUERRE DES MALOUINES: 30 ANS APRÈS

JOSÉ RODRÍGUEZ ELIZONDO**

1. ABRE EL REMAKE

Al cumplirse tres décadas de la guerra, la cuestión de las Malvinas parecía sepultada en los archivos y en el silencio nocturno del tango clásico. No se concebía la hipótesis de una reedición o *remake*.

Sin embargo, algo parecido a esa hipótesis comenzó a proyectarse en Argentina, desde que Cristina Fernández de Kirchner –en adelante CFK– instalara el culto a Néstor Kirchner y asumiera su nuevo carisma. Si por sus reacciones los conoceréis, los únicos que tenían previsto algo parecido eran los servicios secretos británicos y los analistas del *Foreign Office*.

Por eso, como en los créditos finales de algunas películas de no ficción, veremos en qué están ahora los británicos, los argentinos, los isleños y los chilenos. Es decir, los protagonistas principales y secundarios de 1982.

Sólo así podremos adivinar cuándo y cómo la noticia en desarrollo podrá convertirse en Historia.

2. TERCERA POSICIÓN PERONISTA

Observada por el retrovisor, el aniversario redondo, la holgada reelección de CFK, el culto a Él y el carisma reforzado de Ella, anunciaban una reposición peronista del conflicto de 1982.

Pero, precisamente en cuanto peronista, lo que se está viendo es un *remake* de tercera posición. Uno que busca nicho entre la dureza de la ofensiva político-diplomática de fines de 1981 y la expedición armada del siguiente 2 de abril. En rigor, nada demasiado nuevo. Un diseño parecido intentó Kirchner en su período, cuando quiso hacer de la necesidad virtud, asumiendo algunas coordenadas de la realidad.

Es que con sus carencias sigue chocando CFK. Sin generar una diplomacia sofisticada ni una capacidad de disuasión creíble, no puede pretender una nego-

* El presente artículo, corresponde al capítulo IV del libro del autor *Guerra de las Malvinas: Noticia en Desarrollo*, publicado en Santiago, El Mercurio Aguilar, 2012.

** Abogado, diplomático y periodista. Profesor Titular de la Facultad de Derecho, Universidad de Chile, y Director del Programa de Relaciones Internacionales de la misma casa de estudios.

ciación inmediata con el Reino Unido, focalizada en la transferencia de soberanía. Sólo puede proponerse objetivos previos, proporcionales a sus medios reales.

Desde esa limitante, ni siquiera podría hablarse de una estrategia nacional. La reposición en curso luce, más bien, como una acción político-diplomática urticante, destinada a poner al Reino Unido en la picota de la opinión pública internacional, mediante el denunciado en todos los foros y con los fines siguientes:

- Obtener la solidaridad efectiva de los países de la región.
- Impedir que la Unión Europea siga tomando medidas favorables al Reino Unido.
- Impulsar, en los Estados Unidos, el tránsito desde la neutralidad pragmática a la neutralidad benévola.
- Bloquear los intercambios económico-comerciales directos con los isleños.
- Disuadir a los empresarios interesados en la exploración-explotación de las riquezas isleñas.

El éxito eventual de ese diseño se mediría por una nueva percepción mundial, que instale la siguiente tetralogía:

- La guerra no solucionó el conflicto.
- Resignarse al *statu quo* conflictivo es un peligro para la seguridad económica, con mención especial del sector hidrocarburos.
- Sigue vigente la necesidad de un sinceramiento geopolítico sobre el control del Atlántico Sur y
- Sigue en juego el futuro de la Antártida.

Salvo cambio drástico en las circunstancias, sólo a partir de entonces podría estructurarse una estrategia orientada a forzar una negociación real –es decir, interconcesiva– con los británicos.

2.1. Convocatoria ideologizada

En sus actuaciones CFK mantiene, como constantes “duras”, la denuncia del colonialismo supérstite, la militarización de las islas, los atentados contra el medio ambiente y la usurpación de recursos naturales. Pero, a diferencia de 1982, ya no hay señales sobre uso eventual de la fuerza ni de apelación interna al motivacional “principio bioceánico”. Sólo se introdujo un cambio aditivo en la misión de las Fuerzas Armadas, para involucrarlas en “la preservación de nuestros recursos naturales”, por referencia al petróleo existente en las Malvinas.

De manera correlativa, el escenario regional disponible para la acción urticante es mucho menos dramático. No es igual de urgente apelar a la solidaridad contra empresas que están explotando recursos naturales que se consideran propios, que hacerlo para impedir que buques de guerra y aviones vengan a bombardearnos. Tan importante diferencia obligaría a amarrar mejor los intereses intrarregionales, cumpliendo compromisos en los organismos de la integración, mostrándose como un vecino ecuánime y, en lo principal, evitando las discriminaciones ideológicas.

Sin embargo, al comienzo eso no fue asumido a cabalidad por CFK. Por una parte, parecía dar por apoyadas, sin contrapartidas, sus advertencias y medidas retorsivas contra el Reino Unido y las empresas que operaban con sus licencias. Delicada cosa, pues algunas de esas medidas podían afectar los intereses de los países convocados a la solidaridad o a empresas vinculadas. Por otra parte, ella no se privaba de expresar sus simpatías ideológicas, de manera expresa o metafórica.

Buenas pistas dio, en ese sentido, cuando agradeció ante el notablato peronista los saludos recibidos tras su amplia victoria reelectoral. Entonces, en estilo coloquial, jerarquizó su cariño hacia sus pares de la región. En tiempo preferente mencionó a la *compañera* Dilma (Rousseff), al *compañero* Hugo (Chávez) y al *compañero* Pepe (José Mujica). Todavía no llegaban –quedó claro– los saludos de los *compañeros* Evo (Morales), Rafael (Correa) y Daniel (Ortega). En otro plano de sus menciones estaban el *amigo* Sebastián Piñeira (*sic*) y el *amigo* Juan Manuel (Santos).

Fue un sesgo subliminalmente claro, en cuya virtud los gobernantes “chavistas” y supuestamente afines ocupaban la vanguardia de su afecto y eran convocados al apoyo por deber militante. El resto tendría que seguir a esa masa crítica, con mayor o menor entusiasmo, por simple solidaridad geográfica. Además, era una convocatoria *freudianamente* olvidadiza, pues CFK todavía no acertaba con el nombre del Presidente de Chile. Tampoco reparaba en que las “contradicciones dentro de la izquierda” exigían mayor prudencia hacia ese sector. A esa altura, ya se sabía que, para el *compañero* Pepe, el izquierdismo peronista era sospechoso de “trotzko” y la institucionalidad peronista “no vale un carajo”¹.

2.2. El *compañero* Pepe Matiza

El 21 de diciembre de 2011, CFK obtuvo un importante acuerdo-test en una cumbre de Mercosur: la denegación de servicios portuarios a los barcos con bandera de las Malvinas. Cuantitativamente fue un éxito, pues adhirieron todos los países representados y convocados. Pero, cualitativamente, fue una muestra del límite de lo posible, pues firmantes y adherentes entendieron que esa bandera podía ser reemplazada por una británica o de cualquier Estado realmente existente. Además, nadie quiso entender que con esa medida podía iniciarse un castigo o bloqueo económico a los isleños.

Uruguay, geopolíticamente tan dependiente de Argentina, fue un paradigma de ese entendimiento. Es que en “el paisito”, como le dicen cariñosamente sus habitantes, la reposición del tema Malvinas era todo un *trending topic*. Dicotómicos por cultura futbolera –Nacional o Peñarol–, los uruguayos parecían verlo como un asunto costroso, pero de fácil despacho: izquierdas contra derechas, integracionistas contra “cada uno por su cuenta”.

¹ V. GARCÍA, Alfredo (2009). *Pepe coloquios*. Uruguay: Editorial Fin de Silo, pp. 131 y 132.

Por eso, la *progresía* integracionista uruguaya apoyó y apoya la causa Malvinas, aunque no muera de amor por los argentinos ni aborrezca a los británicos. Sin embargo, por historia y memoria, resiente aparecer a remolque de un kirchnerismo-cristinismo que, con el difunto Kirchner gobernando, les pasó factura por cualquier barco británico surto en Montevideo, los maltrató por la papelera Botnia y les bloqueó un puente internacional con el perjuicio económico consiguiente. El Presidente socialista de entonces, Tabaré Vázquez, llegó incluso a percibir y denunciar el acre olor de la guerra.

José Mujica —el *compañero* Pepe— interpretó ese talante receloso con sabiduría gaucha, propia de quien supo hacer un solo montoncito con su experiencia tupamara y el escarmiento feroz de la dictadura. Con ese bagaje, concurrió al acuerdo de Mercosur sobre la base de que era una medida más bien simbólica. Incluso dio el antídoto a los británicos: “los barcos mercantes con bandera inglesa pueden ingresar a puertos uruguayos como los de cualquier otro país”. También tuvo el coraje de hacer una advertencia tácita a su colega argentina: él no compartiría “nunca” la idea de un bloqueo marítimo o económico a los isleños.

Obviamente, las derechas uruguayas eran más críticas. Por tradición e intereses, sus votantes conocen a fondo las limitantes económicas de su posición geográfica y, por doctrina, rechazan las políticas que afecten el libre comercio. Sobre esas bases, postulan una especie de nacionalismo para países pequeños, donde la verdadera independencia equivale a la mutiplicidad de dependencias. En esta línea, el ex presidente “blanco” Luis Alberto Lacalle notificó a los argentinos, por la prensa, que los uruguayos deben “comerciar con todos, en todo el mundo, no meternos donde no nos importa y no hacerle los deberes a nadie”. Hidrográficamente hablando, esto los comprometía con “la libre navegación del Plata, el Paraná, el Paraguay, el Uruguay y el Atlántico Sur”².

Más claro, echarle agua.

2.3. *Secreto irreductible*

Entre el 5 y el 24 de enero de 2012 CFK y su país vivieron un interregno dramático. Los médicos la operaron de lo que parecía —y afortunadamente no era— un tumor canceroso a la tiroides.

El miércoles 25 de ese mes la Presidenta reasumió sus funciones, estoica, en un acto solemne, como si poco hubiera pasado. En tal oportunidad se concentró en el tema Malvinas, dando señales de comprender mejor la carga que implicaba para sus homólogos de América Latina. Inducir la regionalización del conflicto contra una potencia mundial no era sencillo para nadie y suponía contrapartidas. Al menos, un buen manejo de las formas y un sinceramiento histórico y político.

² Diario uruguayo *El País*, 5 de febrero de 2012.

En cuanto a las formas, asumió un matiz crítico respecto a los desplantes y bravatas *ad usum*. No debía esperarse de su gobierno “gritos destemplados”, dijo. Agregó que “vamos a seguir de la misma manera que lo hemos hecho hasta ahora, conversando con mucha rigurosidad jurídica y diplomática, recabando apoyos tal vez como nunca lo habíamos logrado”. Era el contraste que quiso marcar tanto con la “respuesta furibunda” del Reino Unido, de 1982, como con la actitud “suicida” de la dictadura argentina, que pretendió tapar con la guerra “la tragedia de 30 mil desaparecidos y una economía devastada”.

(Apúntese, entre paréntesis, que su canciller Héctor Timerman no procesó esos matices. Dos semanas después, en Caracas, entusiasmado con la retórica de Chávez, dictaminó con talante casi *galtieriano* que las Malvinas eran una causa regional y que “Argentina no está sola, la que está sola es Gran Bretaña”³).

A continuación, la Presidenta anunció que firmaría un decreto para desclasificar el más importante secreto militar de Estado vigente: el Informe Rattenbach. Se trataba de una investigación sobre los grandes responsables de la derrota en la guerra de 1982, realizada por una comisión de altos oficiales militares en retiro, realizada y entregada antes del retorno de la democracia. Lo complicado es que ese informe había sido escamoteado a la opinión pública por todos los presidentes argentinos, desde el último de designación militar –quien lo clasificó por medio siglo– hasta la propia CFK, durante su primer período. Por lo mismo, sacarlo a la luz en el año del trigésimo aniversario, parecía un gesto de sinceramiento enorme.

Sin embargo, no fue un gesto total, sino un amago. Aunque CFK dijo que ya no era posible seguir consintiendo en la inaccesibilidad de ese texto y “cercenando el derecho de la sociedad a conocer su pasado”, tampoco se arriesgó a transgredir la legalidad de la dictadura, sacándolo del clóset de inmediato. En cuanto rehén ideológico de la tercera posición, tomó la precaución intermedia de nombrar otra comisión, para que detectara, en el plazo de 30 días, si ese informe contenía algo que afectara, de algún modo, la seguridad de la nación. De suceder eso, se mantendría la clasificación para ese “algo” específico⁴.

Es decir, después de tres décadas de escudriñamiento y de un ocultamiento que había amargado lo que le quedaba de vida al general Benjamín Rattenbach, presidente de la comisión investigadora, sólo se producía una promesa de transparencia. Solemne, es cierto, pero promesa y, encima, condicionada. Por eso, no lució satisfecho el coronel ® Augusto Benjamín Rattenbach –hijo del general–, cuando CFK lo “invitó” a formar parte de esa nueva comisión, acompañando a los representantes de los ministros de Defensa y Relaciones Exteriores. El coronel llevaba años denunciando no sólo la frustración de su padre. Había dicho, además, que durante las casi tres décadas de clasificación, el informe había sido adulterado en partes importantes.

³ Diario argentino *Clarín*, 6 de febrero de 2012.

⁴ El decreto respectivo se publicó en el Boletín Oficial el 8 de febrero de 2012.

Por último, en esa reaparición post operatoria hubo una omisión importante: CFK no anunció, como muchos esperaban (o temían), la suspensión de los vuelos Chile-Malvinas de la aerolínea chilena LAN. Ella lo había sugerido en la última Asamblea General de la ONU, como medida retorsiva contra británicos e isleños. Sin embargo, ese día no mencionó el tema y todos lo entendieron como una cuestión táctica. En marzo debía cumplimentar una postergada visita oficial a Chile y no podía llevar esa noticia como regalo para “Piñeira”.

2.4. Informe Rattenbach (I)

Gracias a las filtraciones de siempre y, sobre todo, gracias a internet, algo puede decirse sobre texto tan misterioso y temible.

El Informe Rattenbach es, en su esencia, una investigación sobre las responsabilidades políticas y estratégicas de la Junta Militar y de los distintos jefes políticos y militares argentinos durante la guerra de las Malvinas. Fue ordenado por resolución secreta de la propia Junta Militar, del 2 de diciembre de 1982, ante la irresistible presión, externa e interna, que sufriera tras la rendición del general Menéndez.

Para ejecutar esa orden, la Junta creó una “Comisión de análisis y evaluación de las responsabilidades políticas y estratégico-militares en el conflicto del Atlántico Sur”, integrada por seis oficiales con el grado de general o equivalente, dos por cada institución armada. Por ser el más antiguo, la presidencia fue asignada al Teniente General de Ejército ® Benjamín Rattenbach, conocido por sus textos sobre temas militares y por su alto sentido del honor castrense.⁵

La comisión terminó su tarea el 16 de septiembre de 1983, entregando 10 ejemplares en 17 volúmenes cada uno, de lo que hoy se conoce como “Informe Rattenbach” (IR, en lo sucesivo). Dichos ejemplares tuvieron la siguiente distribución: Junta Militar, comandantes de las tres armas y uno para cada miembro de la comisión. Los 17 volúmenes contienen el informe propiamente tal (1), anexos (10), declaraciones (5) y actas (1).

Tras la entrega, con acta formal, no hubo acción pública conocida sobre el documento. Más bien hubo acciones ocultas, destinadas a mantenerlo secreto el mayor tiempo posible y, se sospecha, a introducirle “enmiendas” obviamente no autorizadas. En un conversatorio televisado, que puede encontrarse en *Youtube*, el hijo del general Rattenbach mencionó, específicamente, intervenciones de la

⁵ El general Rattenbach (1898-1984), fue un intelectual militar institucionalista de reconocida honestidad. En uno de sus libros, *El sistema social-militar en la sociedad moderna* (Buenos Aires: Editorial Pleamar, 1972), planteó la relación entre Fuerzas Armadas de excelencia, un sistema político institucional que refleje los anhelos del pueblo, un comportamiento idóneo de los gobiernos y una educación profunda de los militares en el respeto al ordenamiento jurídico. Adelantándose una década a lo que sucedería por inexistencia de esa relación, dictaminó en esa obra que “el militar político es normalmente un tipo mediocre de la profesión”.

Armada. Por otra parte, ese ocultamiento produjo, como reacción, “filtraciones” parciales y ediciones no autorizadas. Muy impactantes, todas, pero desprovistas de la fuerza de la “verdad oficial”.

Por eso, el 8 de abril de 2006, el periodista argentino Osvaldo Bayer publicó, en *Página 12*, una queja-denuncia sobre lo que llamó “una obra de arte de la cobardía trágica”. Allí acusaba no sólo a los oficiales, que enviaron sus soldados a la muerte y al suicidio, mientras “van muriendo en la cama, poco a poco, con pensión completa”. Arremetió, también, contra los gobernantes civiles, porque “ya en democracia tenía que haberse dicho la verdad y no encubrirla”. Agregó lo que decía tanto *la calle* como *los entendidos*: “El Informe Rattenbach tendría que haberse repartido en edición oficial y haberse organizado grandes debates en los organismos de cultura, para que la sociedad supiera cómo fue engañada pero, al mismo tiempo, qué fácil cayó en el aplauso fácil de los sumisos y dominados”.

2.5. Informe Rattenbach (ii)

Basta leer *on line* el cuerpo principal del IR, para que sea imposible discrepar de Bayer. Su rigor y crudeza dicen que, por genuino imperativo patriótico, los comisionados fueron al fondo del tema. No se consideraron llamados a echar tierra a las vergüenzas, sino a decir la verdad, para rescatar a sus instituciones de la degradación a que la condujeron los distintos triunviratos, entre los cuales el que los había designado para investigar.

El IR no se limita, por tanto, a exponer la acumulación de errores políticos, diplomáticos y estratégicos en que incurrieron los altos mandos en activo durante la guerra. Además, los contextualiza en el marco del proceso político previo, que comprende: la mutación de las Fuerzas Armadas argentinas en un sistema político con tres partidos autónomos; los déficit de una profesionalidad castrense que menospreciaba la doctrina política de la democracia e ignoraba la doctrina militar de la “conjuntez”; la confusión entre la bravata cuartelera y el liderazgo movilizador en tiempos de guerra; la subordinación de la diplomacia a una ideología nacionalista aislante; el reemplazo de una estrategia global por una apuesta temeraria (la pasividad militar del Reino Unido) y políticamente aberrante (la definición de los Estados Unidos por la causa argentina).

Los comisionados tuvieron el coraje de superar los reflejos de prudencia burocrática y el mismísimo *esprit de corps*, para personalizar y demandar sanciones en lo político, lo penal, lo penal militar y lo disciplinario militar. Además, plantearon eventuales sanciones “en el campo del honor”, según lo que se resolviera antes, en lo penal y lo disciplinario militar. En esos marcos encuadraron la patética subordinación del canciller civil Nicanor Costa Méndez al fanático almirante Anaya, el rol intelectualmente deficitario del general Galtieri y la asombrosa inepticia del general Menéndez. Salta la conclusión de que, para afirmar “el proceso” (léase, la dictadura), esos y otros tramoyistas lanzaron voladores de luces con camuflaje de

misiles. Para ellos la guerra era un truco de opereta, que su propia incompetencia profesional mutó en tragedia.

Es comprensible, por lo señalado, que el IR sea urticante para los culpables y sus simpatizantes. Pero, no se entiende bien por qué todos los gobiernos democráticos que sucedieron a la dictadura –desde Alfonsín hasta CFK, en su primer mandato– lo hayan mantenido en el desván de los objetos olvidables. Por qué no asumieron que ese texto, elaborado por militares ajenos al “proceso”, era el mejor aval para levantar una institucionalidad castrense renovada, en la línea principista de Charles de Gaulle: “un ejército revisa sus doctrinas y recompone sus reglamentos, corrigiendo los errores del último conflicto”.

La explicación de fondo no es, necesariamente, la complicidad estructural nacionalista, como creen algunos. Más parece estar en el ámbito de la relación argentino-chilena permanente, con base en el viejo principio bioceánico. En efecto, uno de los errores literalmente estratégicos, que denuncia el IR, es la tozudez de la dictadura argentina para mantener pendiente el conflicto del Beagle, pese a que la disuasión de las Fuerzas Armadas chilenas ya se había revelado efectiva. Reconoce, incluso, que la Armada argentina preservó la flota no sólo por la presencia de submarinos nucleares británicos, sino, además, por “la vigencia del conflicto austral” (parágrafo 662). Así, hasta el 14 de junio de 1982 –día de la rendición–, Chile era el enemigo teórico principal y, surrealísticamente, el conflicto con el Reino Unido tenía “prioridad N° 2” en la planificación previa. Esa percepción permea todo el documento y la sintetiza muy bien su parágrafo 581:

“Puestos frente a todo el poderío de Gran Bretaña, ante el cual los propios medios eran escasos, nuestra conducción se negó a abandonar la hipótesis de guerra en dos frentes. Esta negativa produjo considerables complicaciones en la conducción de nuestro poder de combate, teniendo en cuenta que la amenaza ‘Chile’ aferró no pocas de nuestras fuerzas”.

Esa línea de pensamiento indica que la guerra contra el Reino Unido se condujo queriendo ignorar que, para tamaña empresa, Argentina dependía estratégicamente de las decisiones de Chile. Galtieri y los suyos parecían obnubilados por la tesis tradicional de una dependencia sólo unilateral: la de Chile respecto a Argentina, en cuanto árbitro eventual de sus conflictos con Perú y Bolivia.

Cabe apuntar, además, que en ningún momento (y hasta donde se sabe) el IR alude a una eventual traición chilena. Esto significa que los comisionados no descargaron en Chile las responsabilidades propias, como sigue haciendo, hasta hoy, el general de la rendición. Poniendo distancia con la demagogia y el encubrimiento, la conclusión de los investigadores fue que, en abril de 1982, Argentina debió abandonar la hipótesis de guerra bifrente, postergando el enfrentamiento con el Reino Unido o resolviendo antes, diplomáticamente, “el conflicto en el oeste”.

Como el conflicto con Chile por el Beagle siguió vigente hasta 1984, ahí estaría la justificación técnica para “fondear” el IR tras su entrega en septiembre de 1983.

Posiblemente, se pensó y aceptó que no era bueno dar ese tipo de información al todavía enemigo eventual.

Pero ¿cómo explicar que después siguiera escamoteándose su conocimiento a los propios argentinos, cuando la integración con Chile alcanzaba hasta a los ejércitos? ¿Es que también los gobiernos civiles acatan el “destino manifiesto” del control militar argentino del Atlántico Sur? ¿Es que no asumen, todavía, la incompatibilidad de ese tipo de designios con la necesidad de fuerzas militares de excelencia, subordinadas al poder legítimo y que participen como soporte de la política exterior, en la línea que diseñara el general Rattenbach?

Son preguntas cuyas respuestas todavía están pendientes.

3. EL DESPERTAR DE LOS INTELECTUALES

Dado que el kirchnerismo-cristinismo no aportaba una estrategia nueva para enfrentar al Reino Unido, el espacio vacío empezó a llenarse con novedades de otro tipo.

Emergió así, a contrapelo del gobierno, la voz crítica de los más destacados intelectuales argentinos. Los mismos que se habían marginado de las actividades políticas, tanto como repudio a los militares del “proceso” como por la crisis de representatividad del sistema hegemonizado por el peronismo.

En vísperas del trigésimo 2 de abril, esa voz sonó con resonancias especiales, para demostrar que en ese sector había conciencia clara sobre dos temas fundamentales: la disfuncionalidad de la *agitprop* y la necesidad de una reflexión sin prejuicios sobre la relación entre los errores propios y la frustración nacional.

3.1. *El fantasma de Borges*

Cronológicamente, rompió la falsa tregua –al menos en versión publicada– el conocido historiador Luis Alberto Romero. Lo hizo mediante columna de opinión titulada, provocativamente: “¿Son realmente nuestras las Malvinas?”⁶.

Partió el opinante con lo que parecía la verdad del niño ante el rey desnudo: los argentinos volvían a ser convocados a la unidad nacional por las Malvinas, bajo un apercibimiento autoritario: aceptar o ser acusados de falta de patriotismo.

Aquello revelaba que la derrota en la guerra abrió las puertas a la recuperación democrática, pero sin indagar sobre los términos del consenso, pues “la mayoría solo reprochó a los militares el haberla perdido”. Es decir, tras la tragedia del 82 estaba la sólida convicción, hecha sentimiento, de que Argentina tiene derechos incuestionables sobre un archipiélago irredento: “Malvinas es una de las claves del nacionalismo, una tradición política y cultural que a lo largo del

⁶ Diario argentino *La Nación*, 14 de febrero de 2012.

siglo XX fue amalgamando diversas corrientes”. Por ello, quien interprete ese nacionalismo, como el peronismo hoy, suele presentarse como “expresión de la nación”.

Según Romero, ello ha producido “un nacionalismo paranoico de infaustas consecuencias en nuestra propia convivencia”. Quienes buscan la unanimidad nacional sobre esa base, chocan con las contradicciones de la realidad, pues “en el país hay demasiados morenos, judíos, borgeanos o no peronistas”. De esto deriva que el sostén último de la argentinidad sea el muy concreto territorio. Para el nacionalismo, éste “fue siempre argentino, quizá desde la Creación”, es intangible y la amenaza sobre su porción más pequeña conmueve todas las certezas.

Allí reside, por tanto, “el callejón sin salida de Malvinas”. Pocos argentinos las conocen y podrían decir que les afecta en su vida personal. Pero, enclavadas como están “en el centro mismo del complejo nacionalista”, cualquier acción destinada a establecer el dominio argentino sobre esas islas irredentas “será celebrada o al menos aprobada”.

Tras ese desmontaje, Romero convoca a “revisar las premisas, si no queremos repetir las conductas, como parece que estamos a punto de hacerlo”. Dando el ejemplo, admite que los derechos de Argentina sobre las Malvinas son idóneos para esgrimirlos en una mesa de negociaciones con el Reino Unido, “pero no son derechos absolutos e incuestionables”. Por tanto, los argentinos debieran escuchar a quienes argumentan a partir de otras premisas y, desde ese talante, tal vez podrían toparse con una sorpresa adicional: descubrir que “son muchos los aspirantes a la soberanía sobre nuestro sector Antártico”.

En cuanto a la legitimidad que concedería la historia, el historiador expresa que con sus datos “se puede construir un buen argumento, pero no un derecho absoluto e inalienable”. A mayor abundamiento, reconoce que Malvinas no constituye un caso colonial clásico, del estilo de India, Indochina o Argelia, donde la reivindicación colonial vino de la mano de la autodeterminación de los pueblos. En las islas nunca hubo una población argentina, vencida y sometida y quienes viven en ellas “no quieren ser liberados por la Argentina”.

Concluyendo, Romero cree que cualquier solución para Malvinas debe fundarse en “la voluntad de sus habitantes, que viven allí desde hace casi dos siglos” y que “es imposible no tenerlos en cuenta, como lo hace el gobierno argentino”. A ese efecto, invoca el pacto social propio: “el Estado que existe en nuestra Constitución remite a un contrato, libremente aceptado, y no a una imposición de la geografía o de la historia”.

3.2. *La visión de los 17*

Días después, el 23 de febrero, un grupo de 17 intelectuales argentinos —entre los cuales Romero— presentó un documento público, reclamando una revisión de

la política del Gobierno sobre el conflicto por las Islas Malvinas⁷. A continuación, un extracto de sus partes principales:

– A tres décadas de la trágica aventura militar de 1982 carecemos aún de una crítica pública del apoyo social que acompañó a la guerra de Malvinas y movilizó a casi todos los sectores de la sociedad argentina.

– La adhesión a la causa-Malvinas, que proclama que las Islas son un “territorio irredento”, hace de su “recuperación” una cuestión de identidad y la coloca al tope de nuestras prioridades nacionales y de la agenda internacional del país.

– Un análisis objetivo demuestra la brecha que existe entre la enormidad de estos actos y la importancia real de la cuestión-Malvinas, así como su escasa relación con los grandes problemas políticos, sociales y económicos que nos aquejan.

– Sin embargo, un clima de agitación nacionalista impulsado otra vez por ambos gobiernos parece afectar a gran parte de nuestros dirigentes, oficialistas y de la oposición, quienes se exhiben orgullosos de lo que califican de “política de estado”.

– Es hora de examinar a fondo esa política a partir de una convicción: la opinión pública argentina está madura para una estrategia que concilie los intereses nacionales legítimos con el principio de autodeterminación sobre el que ha sido fundado este país.

– Una revisión crítica debe incluir tanto el examen del vínculo entre nuestra sociedad y sus víctimas directas, los conscriptos combatientes, como la admisión de lo injustificable del uso de la fuerza en 1982 y la comprensión de que esa decisión y la derrota que la siguió tienen inevitables consecuencias de largo plazo.

– Es necesario poner fin a la contradictoria exigencia del gobierno argentino de abrir una negociación bilateral que incluya el tema de la soberanía, al mismo tiempo que se anuncia que la soberanía argentina es innegociable, y ofrecer instancias de diálogo real con los británicos y –en especial– con los malvinenses, con agenda abierta y ámbito regional.

– En honor de los tratados de derechos humanos incorporados a la Constitución de nuestro país, los habitantes de Malvinas deben ser reconocidos como sujeto de derecho. Respetar su modo de vida implica abdicar de la intención de imponerles una soberanía, una ciudadanía y un gobierno que no desean.

– La afirmación obsesiva del principio “Las Malvinas son argentinas” y la ignorancia o desprecio del avasallamiento que éste supone, debilitan el reclamo justo y pacífico de retirada del Reino Unido y su base militar y hacen imposible avanzar hacia una gestión de los recursos naturales negociada entre argentinos e isleños.

⁷ Firmantes: Jorge Lanata, Juan José Sebrelí, Emilio de Ípola, Pepe Eliashev, Rafael Filippelli, Roberto Gargarella, Fernando Iglesias, Santiago Kovadloff, Gustavo Noriega, Marcos Novaro, José Miguel Onaindia, Vicente Palermo, Eduardo Antin (Quintín), Luis Alberto Romero, Hilda Sabato, Daniel Sabsay y Beatriz Sarlo.

– El intento de devolver las fronteras nacionales a una situación existente hace casi dos siglos –es decir, anterior a nuestra unidad nacional y cuando la Patagonia no estaba aún bajo dominio argentino– abre una caja de Pandora que no conduce a la paz.

– Como miembros de una sociedad plural y diversa no consideramos tener derechos preferenciales que nos permitan avasallar los de quienes viven y trabajan en Malvinas desde hace varias generaciones, mucho antes de que llegaran al país algunos de nuestros ancestros.

– La sangre de los caídos en Malvinas exige que no se incurra nuevamente en el patriotismo que los llevó a la muerte ni se la use como elemento de sacralización de posiciones que en todo sistema democrático son opinables.

– Los principales problemas nacionales y nuestras peores tragedias no han sido causados por la pérdida de territorios ni la escasez de recursos naturales, sino por nuestra falta de respeto a la vida, los derechos humanos, las instituciones democráticas y los valores fundacionales de la República Argentina, como la libertad, la igualdad y la autodeterminación.

3.3. *La razón de los contradictores*

La polémica quedó abierta y otros intelectuales comenzaron a opinar desde una perspectiva semejante. El nacionalismo denunciado también reaccionó, a través de tuiteos y cartas que inundaron los medios y *blogs*. El autor seleccionó algunas de esas opiniones obviando las firmas pues, por experiencia nacional, parte de la base de que casi siempre son ficticias. Léanse las siguientes, a continuación:

– Todavía no digieren el 54% del año pasado.

– Son los intelectuales que recorren todos y cada uno de “los medios periodísticos” del grupo Clarín (...) que fue cómplice de la última dictadura y que ayudó a la desmalvinización.

– Estos son argentinos que trabajan para los de “afuera” en contra del país, la patria y el mismo pueblo.

– Uno de los firmantes es Iglesias, ex diputado nacional de la Coalición Cívica, ultra clarinista que se dedicó hasta el 54% de Cristina a descalificarla (...) parece que se olvidó la cláusula constitucional de Malvinas o se la metió en algún lugar que le queda cómodo.

– En realidad son gente de “Derecha” con el perdón de la Derecha, argentino-británicos, que para sentirse cómodos y acorde con el pensamiento colonialista, tendrían que vivir en Gran Bretaña.

– Lanata y su lacra, vendepatrias, cipayos y traidores, no se puede estar del lado de los piratas ingleses (...) la sangre de nuestros soldados sólo se limpiará cuando los ingleses devuelvan las Malvinas.

– Ustedes dan asco, el pueblo argentino no va a olvidar esta traición (...) son unos verdaderos hijos de puta.

4. IMPERIO NO TAN FLEMÁTICO

El gobierno del conservador David Cameron enfrentó el trigésimo aniversario consciente de que la guerra no solucionó el conflicto en las *Falklands*, pero sin olvidar la ironía de Wellington: “La mayor tragedia en el mundo es una victoria, con excepción de una derrota”.

Con esa experiencia en la mochila histórica, el Primer Ministro hoy trata de proyectar su ventaja. Por cierto, tiene los medios indispensables: oposición alineada, servicios de inteligencia con capacidad predictiva, diplomacia con imaginación prospectiva, fuerza militar *in situ* con poder disuasivo y política económica con incentivos para los habitantes de las islas.

Sobre esa base, ha rechazado todas las propuestas de negociación sobre soberanía—incluso de los Estados Unidos—, induce licitaciones sobre la riqueza de las islas, planea crear una gran reserva marina en las Georgias y ya no esgrime la antigua excusa fundada en los “deseos” y/o “intereses” de los *falklanders*.

Obviamente, no tiene necesidad de doblar la mano a los moderados del 82 ni a laboristas como Tam Dalyell. Pero eso no significa, necesariamente, más de lo mismo respecto a Argentina. Todo indica que este sucesor aristócrata de Thatcher, está enrumbando hacia una etapa nueva: la formal autodeterminación de los isleños. De imponerse, el conflicto dejaría de ser enojosamente bilateral y podría licuarse en un trilateralismo.

Sin duda, sus analistas previeron el escenario del *remake* o revancha bélica, a propósito del aniversario redondo. Con la base de datos disponibles, podían imaginar que los argentinos no habían aprendido nada y que los gobernantes peronistas eran más aventureros que los militares del 82. Para desarrollar tal hipótesis les bastaba con los sondeos de opinión pública, catalizados por opiniones emblemáticas.

Una de esas opiniones correspondió a Lord Alan West, ex jefe de la Armada británica quien, a fines de 2011, propuso enviar un submarino nuclear a las islas para disuadir a la Argentina. Luego, en marzo de 2012, la periodista Debora Haynes aireó en *The Times*, los temores del mayor general (R) Julian Thompson, quien comandó la brigada de infantes de marina de la Armada Real y paracaidistas, en 1982. Presentado por su entrevistadora como “uno de los comandantes británicos más distinguidos de la guerra”, el ex combatiente se mostró alarmado por la reducción de costos en Defensa. Llamaba la atención, en especial, sobre el ahorro en un portaaviones, pues bastaría perder la base de Mount Pleasant para repetir la historia del 2 de abril: “Los argentinos tienen una brigada marina, una brigada de paracaidistas y fuerzas especiales eficientes (...) todo lo que tienen que hacer es llevar a esos chicos a las islas durante un tiempo suficiente para que destruyan los jets Typhoon (de la Real Fuerza Aérea), y eso es el fin”⁸.

⁸ Declaraciones reproducidas en diario *El Mercurio*, 6 de marzo de 2012.

Obviamente, Thompson se limitaba a reproducir el escenario que affligiera a Thatcher, dando por descontado que CFK actuaría como Galtieri. Por lo mismo, ese futurible resultaba más que improbable, pues las estrategias son únicas para cada caso y las guerras no se imitan. Argentina podía ser impredecible, pero nunca tanto.

Lo que el analista debe preguntarse, entonces, es si no hay hipótesis más sofisticadas, en las cuales sería necesario patrullar el mar de las islas con una fuerza aeronaval especial. Por ejemplo, distintas variables de “guerra asimétrica”, donde los actores no son fuerzas nacionales regulares y los objetivos principales no están en Mount Pleasant, sino en el mar: los transportes de material pesado para la exploración petrolera, los barcos mercantes que circulan desde y hacia las Malvinas, con o sin bandera de las islas⁹. Para cualquier estrategia de la asimetría serían objetivos flotantes rentables, por elevar los indicadores de riesgo-islas e inducir la necesidad de negociar estatutos de protección con el Reino Unido y/o con Argentina.

Pero, está claro que una guerra asimétrica supone una Argentina entregada por entero a la amargura del irredentismo. No siendo el caso, el ministro de Defensa británico, Phillip Hammond, terminó anunciando la mayor reforma de su sector “en décadas”. Con horizonte en 2020, las instituciones militares reducirían el número de sus efectivos en un 20%, “para llevar a cabo nuestra visión de unas Fuerzas Armadas formidables, adaptables y flexibles”¹⁰. Voceros oficiales agregaron, redundantes, que hoy no existe “una amenaza militar creíble” por parte de Argentina.

También está claro que, para el gobierno de CFK, se trata de una reducción publicitaria, pues se puede reducir un presupuesto de Defensa aumentando o no disminuyendo determinados gastos. En el punto concreto, el canciller Héctor Timerman ha denunciado que el británico se redujo en todos sus conceptos, “excepto en lo que atañe a las Malvinas”, donde se habría cuadruplicado. Desde su base en las islas, el Reino Unido hoy tendría una capacidad ofensiva que alcanza “a casi toda la Argentina, todo el Uruguay, gran parte de Chile y el sur de Brasil”.

De ello colige Timerman que, para el gobierno Cameron, la “situación es puramente militar”¹¹.

4.1. *Diplomacia británica alerta*

La ventaja acumulada ha inducido bastantes exabruptos, desplantes y altanerías de Cameron, pero ello no debe decodificarse como relajó. Cuenta con una diplo-

⁹ Según semanario *The Economist*, 31 de diciembre de 2011, la mayoría de los aproximadamente 30 barcos con bandera falklander/malvinense pertenece a compañías de España.

¹⁰ Diario *El Mercurio*, 6 de julio de 2012.

¹¹ Videos subidos a Youtube por Telesurtv, el 5 de febrero de 2012, y Audiovisual Telam, el 10 de febrero de 2012.

macia que le permite amarrar sus puntos fuertes y, de manera simultánea, tratar de que los puntos débiles de Argentina sigan siendo tales.

En ese ámbito, los puntos centrales de esta etapa serían: sostener la lealtad de los isleños, mantener la solidaridad comunitaria de Europa, incentivar la participación de los Estados Unidos en la exploración petrolera en las islas y evitar que Argentina convierta la solidaridad retórica de América Latina en fuerza disuasiva.

El primer punto es una constante en ascenso, que comenzó por la consideración de los deseos y/o intereses de los isleños y hoy se focaliza en el categórico respeto a su autodeterminación. Así lo reiteró el Primer Ministro en su mensaje navideño de 2011, al expresar que el derecho de autodeterminación en las islas lo deciden sus habitantes, pues “ninguna democracia lo puede hacer de otra forma”. Más allá, está la decisión de hacerlos compartir ganancias en la explotación de los recursos naturales, hidrocarburos comprendidos.

Respecto a Europa, el Reino Unido ya supo amarrarla en el Tratado de Lisboa, de 2007, consensuando con España un estatus especial para Gibraltar. En este instrumento “La Roca” no aparece como un dominio británico inapelable e irreversible, como las Falkland, pues reconoce la pretensión española de recuperarlo para su soberanía. Así obtuvo, entre otros compromisos, que la eventual solidaridad de España con Argentina se disolviera en la retórica de las cumbres iberoamericanas. Para esta etapa del trigésimo aniversario, el objetivo sería más ambicioso: “blindarse” con los intereses europeos, con base en la descalificación de las medidas argentinas contra las “actividades comerciales legítimas”. Sería la manera de “contrarregionalizar” el conflicto o, al menos, de quebrar *ab initio* su latinoamericanización.

En cuanto a los Estados Unidos, el gobierno británico ya sabe que su neutralidad pragmática es inevitable –América Latina está en su hemisferio y geopolíticamente tiene que importarle–, pero que limita con su realismo estratégico y su voracidad energética. Dicho de otra manera, acepta sin comentarios que Washington plantee la negociación con Argentina, porque se sabe con dos cartas ganadoras: el país sudamericano no tiene la estatura estratégica para ser una alternativa de alianza global y la exploración-explotación del petróleo de las islas ya se ha hecho rentable para las empresas norteamericanas. Por eso, el objetivo británico de la etapa es agregar un fuerte interés norteamericano en ese petróleo, para reforzar la percepción de seguridad de las empresas y debilitar el impacto de las medidas retorsivas de CFK. Es lo que estaría fraguándose tras las sigilosas negociaciones entre la compañía británica Rockhopper y una petrolera norteamericana vinculada al Pentágono¹².

Lo señalado, deja a América Latina como el punto más preocupante, por la posibilidad de que la solidaridad con Argentina derive hacia una hostilidad regio-

¹² *It's the oil what done it*, texto de Annabelle Fuller, en Mail on Line. Disponible en: <<http://www.dailymail.co.uk/debate/article-2090575/Argentinas-Falkland-Islands-Its-oil-it.html#ixzz1kNRn0Ggp>>.

nal eficiente. En esa hipótesis, el acuerdo de diciembre de 2011 de los países del Mercosur –veto a los barcos con bandera malvinense–, llamó la atención británica, en lo principal, porque Brasil estuvo en su origen y luego fue endosado por Chile. Para el Reino Unido, Brasil sería decisivo por su liderazgo natural y su interés en las riquezas del Atlántico Sur, que allí llaman “Amazonas azul”. En cuanto a Chile, ya verificaron su gran importancia geoestratégica en la guerra de 1982.

Por eso, el *Foreign Office* no dejó ningún espacio para las interpretaciones ambiguas. Sus diplomáticos se comunicaron *ipso facto* con los gobiernos de Uruguay, Brasil y Paraguay para manifestarles su “decepción” y “malestar” ante lo que consideraron una política de hostigamiento e intimidación. Lo propio hicieron los embajadores británicos ante las cancillerías de los otros países de la región, para asegurarles, desde el primer día, que esa medida no les era indiferente. Aconsejaron especial cuidado en los mensajes a Brasil y Chile.

Hecho ese trabajo de campo, intervino William Hague, el Ministro de Relaciones Exteriores del Reino Unido. Lo hizo por escrito¹³, exponiendo la versión histórica oficial de su país, interpretando los límites del acuerdo del Mercosur y contrastando la visión latinoamericana con las siguientes asertivas posiciones:

– El futuro de las islas depende de las personas que las habitan y, por tanto, “el derecho de sus habitantes a su autodeterminación sigue y seguirá siendo siempre, la piedra angular de nuestra política”.

– Esos habitantes han residido en las islas hasta por nueve generaciones y hoy viven en “una sociedad diversa y democrática”, donde “eligen a sus líderes políticos y toman sus propias decisiones sobre cómo administrar sus asuntos”.

– Los isleños están “justificadamente orgullosos de sus vínculos con el Reino Unido y muchos se consideran ciudadanos de las Falkland, primero y, en segundo lugar, británicos”.

– El Reino Unido “nunca” les impondrá algún tipo de asociación política ni accederá a introducir cambios en su soberanía, “salvo que los isleños así lo manifesten”.

– El Reino Unido siempre ha estado dispuesto a conversar con Argentina y hay muchas áreas en las que ambos pueden trabajar, como la gestión conjunta de los recursos de pesca, la exploración de hidrocarburos y el fortalecimiento de los vínculos aéreos y marítimos entre las islas y Sudamérica.

– Si Argentina tiene interés en el diálogo debe poner fin a los intentos de intimidar a la población civil de las islas y acceder a discutir de qué manera las Falkland, el Reino Unido y Argentina pueden trabajar juntos, como democracias, por sus intereses comunes en el Atlántico Sur.

Yuxtapuesto a ese drástico rayado de cancha, que anunciaba una especie de trilateralismo estratégico, Hague criticó el “enfoque menos constructivo” de “los

¹³ Texto publicado en diario *The Times* y reproducido por diario *El Mercurio*, 21 de enero de 2012.

últimos gobiernos argentinos”. Aludió al retiro de la Comisión de Pesca del Atlántico Sur, al desahucio de los acuerdos de colaboración en materia de exploración del petróleo y a las medidas contra el libre comercio en perjuicio de las aerolíneas comerciales y las empresas que operan en aguas de las Falkland. Sin mencionar a Chile, hizo dos acotaciones que lo aludían: la prohibición de “los vuelos *charter*” a las islas y las restricciones a los barcos provenientes de las mismas “que viajan por aguas internacionales del Estrecho de Magallanes”.

En cuanto a Brasil, Hague sugirió la existencia de una antigua “relación especial” y de un doble discurso táctico. Había estado en ese país poco antes, discutiendo los temas del Atlántico Sur y podía decir que la declaración del Mercosur, que “aparentemente” prohíbe el ingreso de barcos con bandera de las islas, “causó problemas a muchos”. Sin excluir a dicha potencia sudamericana, añadió que en las discusiones “con socios regionales”, se estaba clarificando que aquello “no presenta impedimento práctico alguno al desplazamiento de los barcos entre las Falkland y Sudamérica”. Terminó el párrafo con una estocada a fondo: “no percibo en la región un afán por participar de los intentos de Argentina de dañar la economía de las islas o afectar los medios de vida de ciudadanos comunes y corrientes, todo lo cual celebro”.

Hague terminó su texto anunciando el potenciamiento de las relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con la región. Es decir, Argentina no debía esperar que el Reino Unido tuviera una actitud simplemente retórica o reactiva.

5. PROTOESTADO INSULAR

Para la ONU, el archipiélago de las Malvinas/Falkland es un “territorio no autónomo” o territorio dependiente sin soberanía. Esta definición, un tanto gaseosa, significa que no es parte del Estado que lo administra, pero tampoco es una “colonia” paradigmática.

En los hechos, que siempre preceden al Derecho, las islas tienen un Gobernador general –representante de la Reina–, una Asamblea Legislativa local, un jefe ejecutivo y un sistema judicial. Todos autónomos del Reino Unido, pero dependientes de la Corona.

El censo de 2006, realizado por el gobierno de las Malvinas, reconoce a los isleños como británicos. Sin embargo, esa calidad no equivale a una ciudadanía británica plena. La Constitución de las Islas –de 5 de noviembre de 2008–, les otorgó la calidad de “ciudadanos de territorios británicos de ultramar”, que no confiere los mismos derechos. Un dato interesante es que los británicos que visitan las islas deben presentar su pasaporte, al igual que los argentinos.

A mayor abundamiento, tras debatir el tema con los isleños, el Reino Unido consiguió que en el Tratado de Lisboa, las Falklands, a secas, fuesen declaradas territorios británicos de ultramar, borrándose su estigma colonial.

Agréguese que la experiencia de la guerra cambió el talante de los isleños. Sobre la base institucional descrita, se están configurando como una fuerza social y

política con perfil propio, sin esperar que los británicos lo decidan todo. Para ellos ya pasó el tiempo en que el Reino Unido aceptaba discutir sobre sus “intereses” y/o “deseos”, sin reconocerles fuerza dirimente.

Entonces era posible admitir, desde Londres, que la mantención de las islas era antieconómica y que las políticas metropolitanas no podían estar hipotecadas, para siempre, a la voluntad de pocas y lejanísimas personas. No se valoraban sus inmensas reservas de agua dulce ni se absolutizaba su eventual función de pivote para fortalecer pretensiones antárticas. Coincidentemente, los precios del petróleo no hacían rentables las prospecciones ni las explotaciones en la cuenca de las islas y sus dependencias. De ahí que la defensa de la soberanía no fuera axiomática para el Reino Unido y hasta se enviaran señales de un posible traspaso negociado, según el modelo de Hong-Kong.

Visto así el proceso interno, puede decirse que los grandes ganadores de la guerra fueron los habitantes de las islas. Se les reconoció ciudadanía británica, dejaron de ser llamados (peyorativamente) *kelpers*, y se les garantizó una defensa militar óptima y gratuita. Además, se incentivó su economía con el Plan Shakletton y ahora tienen capacidad jurídica para otorgar licencias y concesiones de pesca y respecto a hidrocarburos. Un tema decisivo este –vistos los precios del petróleo y las penurias energéticas del planeta–, que aumentará cualitativamente sus ingresos. En 2011 su *per cápita* se acercó a los US\$ 30.000 y estuvo entre los más altos del planeta.

5.1. Referéndum en las islas

Vistas así, las islas ahora son inhóspitas sólo por el clima. En lo demás se han convertido en una microsociedad de bienestar, sin pobres, con educación y salud gratuitas, una alta percepción de seguridad y sistemas de becas en universidades británicas de prestigio para los mejores alumnos.

Por un lado, aquello ha puesto a sus habitantes al margen de cualquier seducción vecinal. Pero, más allá, está produciendo un fenómeno nuevo: el de una micropoblación política y económicamente más “empoderada” en su relación con los británicos.

La señal oficial más potente, hasta el momento, ha sido la convocatoria isleña a un “acto de autodeterminación” en marzo de 2013. Sería un referéndum para definir el estatuto político del archipiélago y poner fin “definitivo” a la disputa de soberanía con Argentina. Así lo informó Gavin Short, miembro de la Asamblea Legislativa, acompañado por Jeremy Browne, secretario de Estado del Reino Unido para América Latina, el 12 de junio de 2012. Agregó que tal referéndum, permitiría “mostrarle al mundo” lo firme que es la decisión de mantener los vínculos con el Reino Unido y el “ningún deseo de ser gobernados por el gobierno de Buenos Aires”. Browne, apoyándolo, dijo que “sólo la gente de las islas puede determinar cómo quieren ser gobernados”. Valorando los vínculos vigentes, agregó que “en el futuro deberían profundizarse”.

La clave de ese futuro está en la situación que se asignará a las actuales “dependencias de las Falkland/Malvinas –Georgias y Sandwich del Sur– y en cómo interpretan los isleños y los británicos el verbo “profundizar”.

5.2. *Volar solos*

Hoy, desde David Cameron hasta Nigel Haywood, gobernador británico de las islas, deben reconocer que la autodeterminación de los isleños dejó de ser un recurso táctico y comenzó a crecer como proyecto estratégico. El Reino Unido hoy no podría negociar por sí solo una transferencia de soberanía, ni siquiera deseándolo.

La etapa del trigésimo aniversario ha sido una buena oportunidad para demostrarlo. Los representantes isleños ahora concurren a las actividades que los convocan no sólo como descendientes de británicos, sino con conciencia de sus intereses específicos. En el Comité de Descolonización de la ONU se han levantado como interlocutores plenos de los representantes argentinos y hasta han iniciado sus propias relaciones exteriores en América Latina. Es el trilateralismo a ritmo de entrenamiento.

El público chileno pudo asomarse al nuevo clima mediante una entrevista periodística a Gavin Short. En ella, el representante isleño se presentó como parte de un pueblo que existe “hace más de 170 años” y lamentó la solidaridad de Chile con Argentina “dadas las buenas relaciones que tenemos”. Pero, cual diplomático fogueado, también dijo comprenderla: “Chile cuenta con alianzas regionales a las que tiene que adherirse”.

Era la configuración, en proceso, de una relación entre un Estado bicentenario y un Protoestado. Short incluso expresó el deseo de contar con un “cónsul” chileno en las islas, para atender las necesidades de los dos centenares de chilenos residentes.

Más allá, cuando se le preguntó por el tema de la soberanía, proporcionó un anticipo de su proyecto social *in pectore*. Su respuesta textual fue más allá de sus declaraciones de junio, cuando lo acompañaba Browne: “Estamos contentos con cómo están las cosas, pero no se debe descartar que estemos buscando formas de ser completamente autónomos”¹⁴.

No es un proyecto utópico. Según la normativa de Derecho Internacional sobre descolonización, las Malvinas/Falkland podrían convertirse en un microestado soberano, con exigua población, miembro o no de la ONU. Hay varios ejemplos. El emblemático es el del Vaticano, con una población de 836 habitantes, un territorio de 0,44 km² y sin representación ante la ONU. En el Pacífico está Tuvalu, con tan sólo 10.619 habitantes, que es el país miembro de la ONU con menos población. Otro ejemplo, también en el Pacífico, es Niue, un Estado libre asociado de Nueva Zelanda, que cuenta con 1.270 habitantes. Niue consiguió

¹⁴ Entrevista de Carlos Solar, en diario *El Mercurio*, 5 de julio de 2010.

su independencia previo acuerdo del Parlamento neozelandés, tras presiones del Comité de Descolonización de la ONU.

Por lo demás, los 2.500 isleños hoy calculados, se saben en el ejercicio de un autogobierno restringido. Las grandes excepciones temáticas son las políticas exterior y de defensa, que conduce la Reina. Así, al igual que en el caso de Niue con respecto a Nueva Zelanda, bastaría que el Parlamento británico les otorgara la independencia para constituirse como un microestado.

Gracias a los nuevos ingresos económicos, esa tentación está en marcha.

6. CHILE: EJERCICIO DE EQUILIBRIO

En marzo de 2010, el Primer Ministro laborista Gordon Brown, envió a Chile a Chris Bryant, secretario de Estado de Relaciones Exteriores para Europa y Latinoamérica, para exponer la posición oficial británica en el conflicto con Argentina. Tras hacerlo, el enviado expresó a la prensa que el Presidente Piñera “es muy simpático” y que “nosotros no queremos que Chile tenga que elegir entre uno u otro, porque en muchas cosas debemos trabajar entre todos”. Acto seguido, mencionó la ayuda británica para los damnificados del terremoto y la nutrida cartera de intereses comerciales conjuntos¹⁵.

En mayo, el gobierno británico cambió de signo y, en octubre, el Primer Ministro conservador, David Cameron, llamó por teléfono a Piñera para felicitarlo por la exitosa operación de rescate de los 33 mineros atrapados por un derrumbe.

El 5 de febrero de 2012, el embajador británico en Chile, Jon Benjamin, cumplió la misión de “lamentar” la adhesión al acuerdo del Mercosur. Pero, yendo más lejos, agregó una reflexión urticante sobre la posición chilena de que se negocie la soberanía de las islas: “si cuestiones territoriales vinculadas a la soberanía, que se remontan hasta el año 1833, ahora se van a reabrir (...) ¿quién va a prevenir que se reabran otras cuestiones territoriales y de soberanía que se remontan a una fecha posterior?”. Obviamente, era una advertencia delicada sobre el estatuto vecinal de Chile, a partir de la Guerra del Pacífico¹⁶.

Sugerentemente, dos semanas después —el 14 de febrero—, Cameron volvió a llamar a Piñera, esta vez para conversar sobre las Malvinas y confirmarle que estaría en Santiago para la Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños. Según información de los medios, ahí acordaron “respetar” sus posiciones respectivas en el conflicto con Argentina.

El 12 de marzo llegó a Chile Jeremy Browne, viceministro de Relaciones Exteriores del Reino Unido para América Latina. Lo hizo dos días antes de la visita

¹⁵ Diario *El Mercurio*, 14 de marzo de 2010.

¹⁶ Para ser más explícito, Benjamin agregó lo siguiente al periodista que lo entrevistaba: “Depende de usted y sus lectores interpretar como quieran tal comentario”. V. entrevista de Waldo Díaz en diario *La Tercera*, 5 de febrero de 2012.

oficial de CFK y puso el énfasis en la denuncia del “bloqueo económico” de Argentina a las islas. También dijo que la relación chileno-británica configura “una de las amistades más sólidas que tenemos con algún país del mundo”¹⁷.

La selectiva reseña expuesta demuestra que, para el Reino Unido, la neutralidad estratégica de Chile hace excusable su solidaridad con Argentina. Dicho de otra manera, Chile es un país cuya amistad importa, por sobre las ideologías y sin perjuicio de su política vecinal. Cameron parece entender que, para ese efecto, la relación chileno-argentina no debe ser torpedeada con “encerronas”, como las practicadas por Thatcher a Pinochet y Blair a Lagos.

En esa línea, su gobierno –incluyendo el de las Falkland/Malvinas– hasta ha fungido como defensor de los intereses de la aerolínea chilena LAN, en circunstancias que, para CFK, ésta parece ser una simple “válvula de ajuste”. Interrogado por un periodista argentino sobre la eventual supresión del vuelo semanal de dicha empresa, Nigel Haywood, gobernador de las islas, contrapreguntó: “¿Cuál sería el impacto de cortar el vínculo? Creo que el mayor perjuicio sería para Chile, que tiene entre 150 y 200 chilenos trabajando en las islas y que verían limitada su posibilidad de trabajar donde quieren”. Agregó que los isleños tienen vuelos regulares al Reino Unido y, por tanto, “no van a quedar incomunicados con el mundo”¹⁸.

A fines de junio de 2012, Cameron condicionó una propuesta de CFK de establecer tres vuelos semanales de Aerolíneas Argentinas a las islas, a que se mantuviera el vuelo semanal de LAN y a terminar con la prohibición de sobrevuelo del espacio aéreo argentino para vuelos charter, establecida por Néstor Kirchner.

6.1. La visita de CFK

El jueves 15 de marzo de 2012, CFK asistió a la cena en su honor que le ofrecía su amigo Sebastián Piñera. Fue en La Moneda y sólo Barak Obama convocó tantos invitados en Palacio.

Antes de disfrutar de las *delikatessen* de rigor, ambos mandatarios dijeron esos discursos que en el momento apenas se escuchan, pero luego se ven y analizan por *Youtube*. En el suyo, de ofrecimiento, el chileno destacó que esa visita oficial fuera el primer viaje post operatorio de CFK. Demostraba que Chile y Argentina viven “uno de los mejores momentos de la relación en nuestra historia”. Una que, tras posicionarlos como “adversarios leales” en “algún episodio del pasado”, ahora los proyectaba como “amigos fieles en el futuro”, en el marco del Tratado de Paz y Amistad de 1984 y del Tratado de Maipú de Integración y Cooperación de 2009.

Citando a Perón, Piñera dijo que “la integración de Argentina y Chile no suma, sino que multiplica”, y lo explicó como resultado de “una tremenda complementariedad estratégica”. Al efecto, invocó desde la Fuerza de Paz Binacional Cruz del

¹⁷ *UK in Chile*, informativo de la Embajada Británica en Santiago, 26 de marzo de 2012.

¹⁸ Diario *Clarín*, 22 de octubre de 2011.

Sur hasta los indicadores económicos, pasando por los intercambios culturales, la proyección hacia la Antártida y lo pensado por un grupo de reflexión sobre posiciones comunes.

Terminó Piñera invocando la memoria de “los héroes caídos en las Malvinas”, y reiterando “el más firme respaldo de nuestro país a los derechos de Argentina”, en su conflicto con el Reino Unido.

CFK, en su discurso de agradecimiento, ratificó el excelente estado de la relación, calificándola como “hermandad incommovible e inalterable”, fiel reflejo de una “complementariedad total y absoluta”. Si alguna vez hubo “ruido de armas” entre Argentina y Chile, dijo, se debió a que entonces no había democracia. En esta línea, no temió desairar a sus marinos omitiendo el “principio bioceánico” y destacando la conectividad que hoy permite a su país acceder al Pacífico y a Chile, al Atlántico. La relación actual permitiría “utilizarlos en forma conjunta”.

En este punto, la Presidenta estimó del caso aludir a su presunto talante antichileno, de cuando era senadora y participaba en los debates sobre los límites de Campos de Hielo. Explicó, contundente, que jamás fue así, pues “la mitad de la familia de mi marido y de los abuelos de mis hijos es chilena”. Además, se esforzó por ampliar el rango de la fraternidad, evocando una reunión “aquí mismo, en Santiago”, para solucionar un problema de gobernabilidad a “la hermana República de Bolivia”.

Lo último le permitió poner énfasis en una integración más regional que bilateral, para destacar que el conflicto de las Malvinas no atañe sólo a los argentinos. Es un tema de importancia regional y hasta “global”, expresó. Terminó agradeciendo el apoyo chileno y explicando que la política de su gobierno no se reduce al territorialismo tradicional, pues Argentina está defendiendo los recursos ictícolas, petroleros, ambientales y la proyección antártica, contra la depredación colonialista. “En el mundo actual hay 16 enclaves coloniales, de los cuales 10 son del Reino Unido”, informó.

Cabe anotar que nada dijo sobre los vuelos Punta Arenas-Malvinas.

6.2. *Solidaridad en dos niveles*

Las visitas presidenciales son instrumentos de excepción. Si se aplican en momentos de baja de la relación, la levantan. Si se producen cuando la relación es buena, la potencian. Pero, por sí solas, no marcan el carácter de un período.

De ahí que, al margen de esas coyunturas, los chilenos parecen “excepcionalistas”, suelen presumir de modélicos y todo eso se decodifica como arrogancia. Pero, al otro lado de la cordillera existe un fenómeno tal vez más serio: demasiados argentinos con poder –pretérito o actual– subestiman las reglas del diálogo diplomático o, derechamente, ignoran las reglas del juego internacional.

Con ese talante y sin debate sobre métodos, identifican su reivindicación de las Malvinas con los intereses globales de la región. En tal sentido, no los complica el

eventual impacto adverso, para terceros, de determinadas medidas retorsivas contra el Reino Unido. En el caso específico de Chile, elogian su apoyo y su disposición a presentar el caso ante la ONU, pero no dimensionan la necesidad de una cierta reciprocidad en lo estratégico. Más bien tienden a pensar que actúa en función de sus intereses propios en el Atlántico Sur. Antes de la visita de CFK, el embajador argentino Ginés González dijo, algo enrevesadamente, que “no sólo por una cuestión solidaria, sino por una cuestión que es preventiva, es por qué Chile está actuando”. Aludió a que “puede tener problemas en la próxima discusión que van a hacer valer desde Londres, que es la Antártica”¹⁹.

Coherentemente, tampoco parece preocuparles la urgencia de desmontar el mito urbano de la “traición chilena” durante la guerra. Por cierto, la ocultación del Informe Rattenbach fue un factor clave para mantener ese estatus de desconfianza y/o rencor. Si hasta Mario Benjamín Menéndez, uno de los principales inculpadados en dicho informe, sigue excusando su desdolorosa *performance* militar con la conducta de los chilenos²⁰.

De ello se desprende, en lo fundamental, que la excelente relación argentino-chilena actual es un hecho. Pero, para avanzar profundizándola, se requiere algo que no depende sólo de ajustes demarcatorios, rebaja de aranceles, emprendimientos conjuntos, extradiciones en trámite o mantención de la Fuerza de Paz Combinada “Cruz del Sur”. Ni siquiera depende de instrumentos confirmatorios del Tratado de 1984, como el Tratado de Maipú de 2009.

Hasta la configuración de un nuevo cuadro, la mejor calidad futura de la relación bilateral se vincula, más bien, al siguiente silogismo:

– Si Sebastián Piñera conversa con David Cameron sobre la relación con los isleños,

– y si CFK conversa con Ollanta Humala sobre su demanda en La Haya y con Evo Morales sobre su aspiración marítima,

– el potenciamiento de la relación chileno-argentina dependerá del nivel de frustración de las expectativas del Reino Unido, Perú y Bolivia.

No es fatal que sea así, pero sucede que así ha sido. Y se explica, en parte importante, porque –entre el subdesarrollo y las hipotecas de la Historia–, nuestros países estructuraron una relación que no sólo depende de sus propios méritos sino, además, de las señales enviadas hacia y desde terceros vecinos.

Puede entenderse, así, que por sobre las buenas intenciones de CFK y Piñera, las esquivas del trigésimo aniversario afecten –e infecten– la mejor relación posible. Y, aunque los limitólogos se desconcierten, hasta pueden ser más dañinas para el proceso de integración que cualquier percepción de derrota, en la futura solución de la controversia fronteriza pendiente (Campos de Hielo Sur).

¹⁹ Entrevista de Phillip Durán en diario *La Tercera*, 5 de febrero de 2012.

²⁰ Entrevistado por el canal argentino C5N, 4 de abril de 2012, criticó la política de CFK de alianzas en la región, diciendo que en 1982 “los chilenos no se portaron como hermanos (sino) como cerdos”.

En Chile, esta situación ha generado dos maneras distintas de manifestar la solidaridad. Una la expresa el ex canciller Hernán Felipe Errázuriz, cuando reconoce que la relación con Argentina es prioritaria, pero que “no debemos contribuir al escalamiento ni dejarnos arrastrar en los excesos de nuestros vecinos”. Concluye que la mayor contribución chilena a resolver el contencioso con el Reino Unido “es favorecer la negociación entre ambas partes”²¹. Similar posición sostiene José Miguel Barros, ex agente chileno en el conflicto del Beagle. Para este emblemático embajador, por una parte, “deberíamos esforzarnos por mantener igualmente los mejores vínculos con Argentina y con el Reino Unido” y, por otra, mantener “una incansable colaboración en todos los foros (para que) ambas partes den a su controversia una solución pacífica, basada en la más estricta aplicación del Derecho Internacional”²².

La segunda posición, más proactiva, la explica el ex canciller Juan Gabriel Valdés, cofundador del Grupo Amigos de las Malvinas: “Es importante en el momento actual que sea Chile el que encabece ese planteamiento (de una solución pacífica a la disputa) en los organismos internacionales y que nuestra política de Estado, en apoyo al principio irrenunciable de soberanía argentina de las islas, sea conocida por chilenos y argentinos”²³. Otro miembro del grupo, Eduardo Rodríguez Guarachi, ex embajador en Argentina, puso el énfasis en los derechos históricos y jurídicos de este país y en que “la presencia británica constituye una forma de colonialismo a la que debe ponerse fin”²⁴.

Cabe agregar, como digresión, que el diligente embajador británico Jon Benjamin salió al ruedo al día siguiente de la publicación de Valdés. En el mismo medio, manifestó que “obligar a un pueblo con una clara identidad cultural e histórica a vivir bajo una soberanía que rechaza absolutamente, es lo que yo llamaría colonialismo”²⁵.

6.3. Las cosas claras

Los chilenos deben (debemos) tenerlo claro: el dilema, en el conflicto de las islas Malvinas, no es si se está con la Presidenta Cristina o con la Reina Isabel. Chile apoya el objetivo nacional argentino y nunca ha reconocido soberanía bri-

²¹ *Aniversario de la guerra de las Malvinas-Falkland*. Columna en diario *El Mercurio*, 28 de enero de 2012.

²² *¿Debe Chile optar entre Argentina y el Reino Unido?* Columna de opinión en *Realidad y Perspectivas*, N° 7, marzo 2012.

²³ *Chile y las Malvinas*, en diario *El Mercurio*, 6 de enero de 2012. Cabe agregar que el Grupo de Amigos mencionado está integrado por un ex canciller, un ex almirante, ex embajadores, empresarios, académicos y políticos chilenos.

²⁴ *¿Qué rol cumple el Grupo de Amigos de las Malvinas?* Columna de opinión en *Realidad y Perspectivas*, N° 8, abril de 2012.

²⁵ Carta en diario *El Mercurio*, 7 de enero de 2012.

tánica sobre esas islas. Incluso mantuvo esa posición entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, pese a que, para aprovechar el impulso, los “halcones” argentinos contemplaban una guerra simultánea o sucesiva contra Chile.

Por lo demás, Piñera lo repitió en la cena que ofreció a CFK, al dar “el más firme respaldo a los derechos (...) de Argentina”. Ahora, dado que Chile se ha construido una identidad fundada en el respeto al Derecho Internacional, corresponde que profundicemos en ese aspecto:

¿A qué derechos aludió el Presidente?

Este autor opina que no a los históricos, pues la Historia da la razón al que la pida. En el pasado, cuando alguna potencia naval europea se aburría de montar guardia en esas islas inhóspitas, se iba y dejaba un cartelito para notificar que le pertenecían. Algo así como las tarjetas “reservado”, que uno encuentra en las primeras filas de cualquier evento... y que pocos respetan. De paso, el nombre Malvinas viene de Francia.

Tampoco pudo aludir a derechos puramente jurídicos (si es que cosa tal existe). Primero, porque el *uti possidetis* español hoy tiene más excepciones que reglas generales. Segundo, porque no existe tratado entre Argentina y alguna de las potencias que dejaban cartelitos. Tercero, porque tampoco existe *litis* pendiente con el Reino Unido ante jueces internacionales. Cuarto, porque el Derecho Internacional es más opinable que el interno y los jueces, que lo saben, tienden a dividir las criaturas.

Si Piñera pensó en los derechos de la cercanía, entramos al terreno de la geopolítica pura y dura: la argentinidad de las islas sería efecto de la atracción del núcleo de cohesión continental. Al respecto, el autor escuchó al novelista argentino Martín Caparrós, en el programa argentino de televisión “Palabras más, palabras menos”, relativizando el argumento con porteña ironía. Si fuera por la cercanía o la continuidad de la plataforma marítima, dijo, España debiera pedir la anexión de las islas británicas.

Por eso, los derechos que Chile apoya son (pueden ser) los que generó la voluntad política del Estado argentino. Más precisamente, la identificación de esa voluntad con la Historia, el Derecho y la Corta Distancia.

Cabe aclarar que tal reducción a la voluntad política no es para nada peyorativa pues, como la fe, puede mover montañas. Así lo demuestra el éxito de Argentina al sensibilizar a la Asamblea General de la ONU y agregar las voluntades políticas de sus vecinos y de la región. Aquí puede añadirse una imaginaria nota al pie: antes de su inconcebible chapuza de 1982, la Junta Militar había agregado a los EE.UU., con base en su Doctrina Monroe. La que cerró el continente a las potencias europeas.

Por cierto, esa voluntad política no surgió del vacío ni de la emoción anticolonial. El movilizador lema “Malvinas argentinas” refleja intereses económicos y geopolíticos tangibles: el control de las riquezas naturales de las islas y su entorno marítimo, con énfasis en el petróleo; el control de los pasos interoceánicos y la proyección hacia el sur, robusteciendo pretensiones sobre el continente antártico.

Por lo señalado, la base real del apoyo de Chile sería su soberanía política propia, lo cual supone a) entender que está en el interés nacional chileno apoyar a un país con el cual desarrolla una integración exitosa, b) subordinar, sin desconocer, los temas que conflictúan, c) asumir que ese apoyo no se identifica con la enemistad hacia terceros, d) recordar que tampoco existe almuerzo gratis en la política internacional.

Si eso nos acerca a la verdad, tendría que reconocerse que el apoyo político de Chile supone la reciprocidad política de Argentina. Como dijo Piñera en la cena del 15 de marzo, entre ambos países existe “una tremenda complementariedad en lo estratégico”.

En resumidas cuentas, no hay soluciones simples para los problemas complejos. La Historia, representada por O’Higgins y San Martín, hermanó a chilenos y argentinos, pero les asignó intereses a medio camino entre los de Caín y Abel.

Desde esa realidad, en ambos países se ha sucumbido a la tentación –o la necesidad– de jugar a los equilibrios y desequilibrios del poder. Es lo que sucedió, en las últimas décadas, con la casi guerra de 1978, la hipótesis de guerra de 1982 y el apoyo diplomático de Argentina a Bolivia y Perú, en sus conflictos marítimos con Chile. Como contrapartida, han eludido el enfrentamiento armado real, incluso en los descuentos de una crisis, como sucedió en 1978.

Gracias a ese límite para los enojos, las actuales élites políticas están entendiendo la filosofía de las concesiones mutuas, la necesidad de apoyarse en la medida de lo posible, la posibilidad del cariño hacia terceros y la búsqueda de una integración consensuada. Lo notable es que, siguiendo esa vía realista o minimalista, Chile y Argentina están construyendo un gran sistema de integración, que incluye hasta militares.

Es un éxito que obliga a cuidar la semántica, pues no viene de una alianza mosqueteril, sino de una amistad estratégica guiada por un pensamiento pragmático: Argentina y Chile para los dos, pero no necesariamente contra los otros.

Aplicado lo anterior al conflicto isleño, CFK luce dispuesta a asumir la complejidad de lo real, que eso es el pragmatismo. Ya dijo que actuará desde la “rigurosidad jurídica y diplomática” y prometió desclasificar el Informe Rattenbach. Sebastián Piñera, por su parte, ha dado a entender que solidarizar con Argentina contra el Reino Unido es necesario y tiene costos, pero no el de cortarse las venas. Debe hacerse en el marco de la legalidad internacional, el diálogo regional y, sobre todo, sin *ningunear* a los isleños. Las Malvinas no son un territorio sin pueblo.

Por cierto, el obstáculo principal es la diplomacia británica, cuyo juego natural consiste en debilitar la buena relación chileno-argentina. Potenciar la integración de ambos países no es un proyecto que deslumbre al *Foreign Office*.

En definitiva, si en el pedir no hay engaño, en el recibir no debe haber regaño. Chile, con 200 connacionales trabajando en las Malvinas, una economía superabierta, Punta Arenas a la vista, una buena relación con el Reino Unido, pasos marítimos hacia el Atlántico Sur y pretensiones antárticas, no está en condiciones de reconocer

el principio bioceánico ni de usar el comercio austral como instrumento de bloqueo contra terceros. En cambio, sí puede ratificar, en todos los foros, su solidaridad con la demanda argentina y promover la negociación que el Reino Unido rechaza. Hasta fue más lejos, cuando adhirió a la denegación de servicios portuarios a los barcos con pabellón de las Malvinas.

Para los chilenos, eso supone ser eficientes en el apoyo político. Para los argentinos, implica asumir que Chile no está disponible para aventuras ni movidas contrarias a su interés nacional.